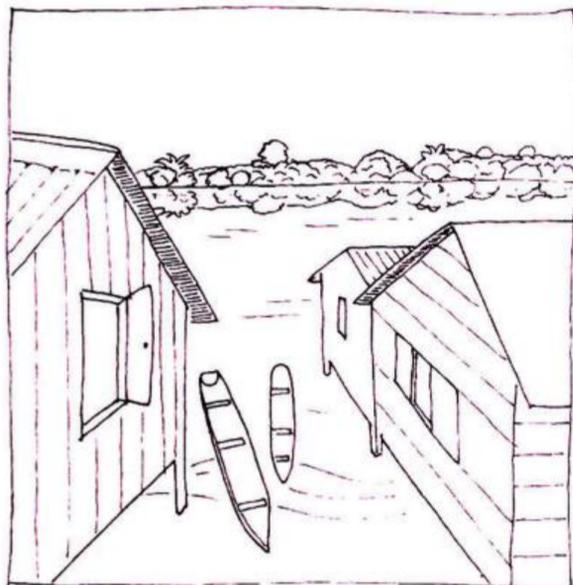


espectadores. Las demás actividades están representadas por salones de bolos, bares, cafés, cabarets, tabernas, salones de té y heladerías. Durante la primera mitad del siglo xx ésta es la famosa Atenas suramericana. “Recreación y cultura”, o “Cultura y turismo”, son cosas que Bogotá no ha conseguido separar.



Veinticinco son los hoteles y hosterías referenciados en el capítulo respectivo (22 págs.), aunque de ellos sólo nueve principales con artículo y fotografías. Señala la introducción que, a partir de la construcción del Hotel Tequendama, surgen los hoteles de cadena y se transforma el concepto de hotelería, “motivado por el afianzamiento de la ciudad como metrópoli”.

La crónica de los clubes sociales ocupa capítulo aparte (26 págs.), para un total de trece sedes, de las cuales ocho reciben extensos artículos con documento gráfico. Se destacan en ellos las actividades deportivas, las obras sociales, en las cuales participan las señoras, y su relación con la industria por su origen burgués. Por tal motivo, el siguiente y más importante capítulo se refiere a la industria (90 págs.), con 50 subcapítulos y un listado de 57 industrias de diverso género.

Los últimos capítulos se ocupan de los Planes urbanísticos, continuamente modificados con las correspondientes consecuencias (22 págs.), Calles y avenidas (28 págs.), Firms constructoras (20 págs.), y una extensa Bibliografía (47 págs.), que pone fin al estudio.

Por supuesto que una obra como ésta amerita un comentario más amplio y analítico, pues son muchos los temas que desbordan los límites de una reseña bibliográfica. Varias entidades y muchas personas intervinieron en la investigación y preparación de los materiales, entre ellas diecinueve estudiantes de las universidades Javeriana y Piloto, que realizaban su pasantía. En estructura tan compleja resultan explicables e inevitables las erratas (que acompañan como rémoras a todo libro), los artículos que no concluyen, y apreciaciones inexactas, de lo cual se da una sola muestra como riesgo de los trabajos colectivos. En la página 396 —olvidando el principio de Arquímedes— se califica como temerario a un periodista que informa acerca del pesado casco de las embarcaciones. La reseña termina con una sonrisa.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

Lo que el marquesado se llevó

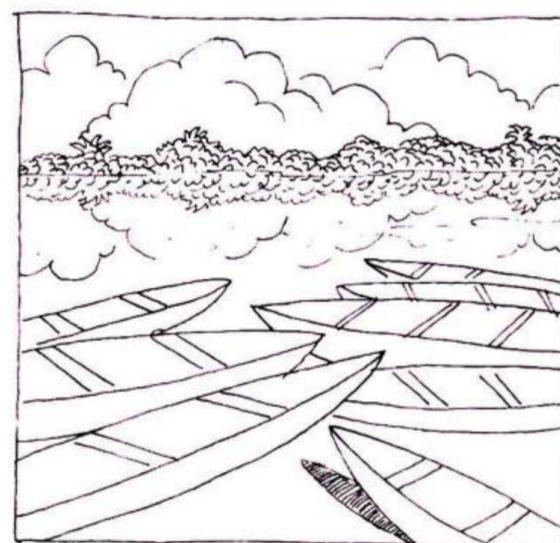
**Los marqueses de Santa Coa.
Una historia económica del Caribe colombiano, 1750-1810**

Vladimir Daza Villar

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colección Cuadernos coloniales, 2009, Bogotá, 350 págs.

En Colombia, la historia económica arrancó en 1942 con la publicación de *Economía y cultura* del abogado barranquillero Luis Eduardo Nieto Arteta. A partir de ese momento comenzó una seguidilla de trabajos de muy variada factura, enfoque y calidad. Fue durante la década de los años setenta y hasta mediados de los años ochenta, cuando la historia económica tuvo una producción constante, cada vez con mayores aportes y refinamientos. Los periodos de la Conquista, la Colonia y el siglo xix fueron investigados y analizados con amplitud, tan-

to en el contexto nacional como regional. Surgieron nombres como los de Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar Pinzón, Jorge Palacios Preciado, Marco Palacios Roza, Jesús Antonio Bejarano, Salomón Kalmanovitz y José Antonio Ocampo, entre otros, con cuyas obras el conocimiento de nuestro pasado económico, a veces firmemente entroncado con lo social, quedó cubierto de manera parcial, se esbozaron líneas de investigación y, de manera muy gruesa, se lograron explicaciones.



Las nuevas tendencias de la investigación histórica, el alejamiento del marxismo clásico como teoría de explicación y la incorporación de otras teorías analíticas, el indudable crecimiento de la disciplina histórica en el país y la mayor especialización temática, hicieron que por la misma época en que cayó el infame Muro de Berlín, la historiografía colombiana dejara de lado el énfasis en lo económico, recayendo casi que en forma exclusiva en economistas, y aun en lo social, para emprender análisis e investigaciones en lo cultural, lo político, etc., con muy variados y desequilibrados resultados, abandonando la esencia de la investigación histórica: la búsqueda, consulta y utilización de abundantes y novedosas fuentes primarias, para, más bien, hacer reinterpretaciones.

Así, el libro del profesor Vladimir Daza Villar: *Los marqueses de Santa Coa. Una historia económica del Caribe colombiano, 1750-1810*, producto de su tesis de maestría en Historia

en la Universidad Nacional sede Bogotá, es una obra que además de evidenciar un diálogo permanente con su director, asesores y amigos, nos recuerda los clásicos trabajos de los años setenta y ochenta, expuesto en una introducción, cinco capítulos, un epílogo, y dieciocho anexos, aborda un tema de historia local, la villa de Santa Cruz de Mompox, pero entroncado con la historia regional del Caribe, en especial la antigua provincia de Cartagena, superando una tendencia predominante en estudiar la ciudad de Cartagena de Indias. Todo ello enmarcado en una época específica y precisa, 1750-1810, con una abundante consulta de fuentes primarias del Archivo General de la Nación como de las publicadas, con particular interés en las testamentarias y libros de contabilidad, aunque se echa de menos la carencia de pesquisa en los archivos regionales y locales; y una extensa bibliografía moderna y contemporánea de la que apropió y adaptó teorías, metodologías y conceptos.



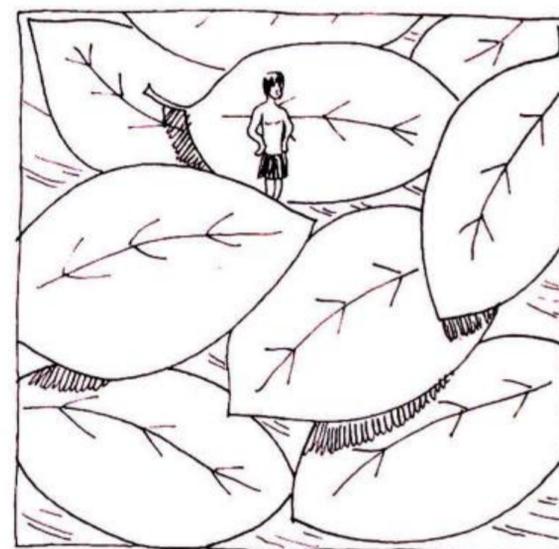
Pero, a diferencia de trabajos similares, como los de Germán Colmenares, en los que los protagonistas no son personajes, sino conglomerados, sectores de la sociedad estamental, instituciones, hechos y circunstancias, el de Daza estudia un caso concreto, el de los representantes de una elite comercial local, los marqueses de Santa Coa: don Juan Bautista Mier y la Torre y su sobrino Julián

de Trespalacios Mier y Guerra, como de su sucesor Juan Toribio, retomando así la tendencia de un estudio relativamente reciente: el de Jairo Gutiérrez sobre el marquesado de San Jorge¹, subrayando que entre los unos y los otros existió una gran diferencia, los de San Jorge basaron su riqueza de manera exclusiva en la tierra, mientras que los de Santa Coa integraron una empresa en la cual las haciendas sólo fueron un factor de acumulación de capital. Tanto el trabajo de Gutiérrez, como el de una larga tradición historiográfica latinoamericana, en especial mexicana, le suministraron a Daza una excelente base teórica, combinada con la ya mencionada base documental, para mostrar las actividades empresariales, la capacidad para construir redes mercantiles y burocráticas, y bosquejar las biografías de los dos marqueses de Santa Coa, lo que le permitió aproximarse a unos poderosos empresarios regionales coloniales, y a como el empoderamiento de éstos tuvo mucho que ver con la política y las reformas de los Borbones.

En el desarrollo de cada uno de los capítulos se estudia en profundidad el proceso de conformación y consolidación del fabuloso emporio empresarial de los Santa Coa:

En el capítulo primero, "De las montañas de Burgos a la Villa de Santa Cruz de Mompox", el profesor Daza Villar hace una interesante relación entre el paisaje del río Magdalena, la economía predominante y la privilegiada situación de la villa, donde, en la segunda mitad del siglo XVIII, se abrió una frontera agrícola que fue aprovechada por don Juan Bautista Mier y la Torre y su sobrino yerno don Julián de Trespalacios para establecer sus empresas. Don Juan Bautista y después su sobrino habían llegado, procedentes de las montañas de Burgos, entre fines de la segunda y principio de la tercera década del siglo XVIII; don Juan Bautista al inicio fue funcionario de la Real Hacienda para convertirse, luego de un buen matrimonio y conseguir una jugosa dote, con Ana Gutiérrez Vargas,

heredera del encomendero Vargas Machuca, en un exitoso comerciante con intereses en Mompós, Santa Marta, Antioquia, Popayán, Quito y Lima; y pasado algún tiempo, en 1744, cuando ya tenía una gran fortuna, comprar el título nobiliario de primer marqués de Santa Coa.



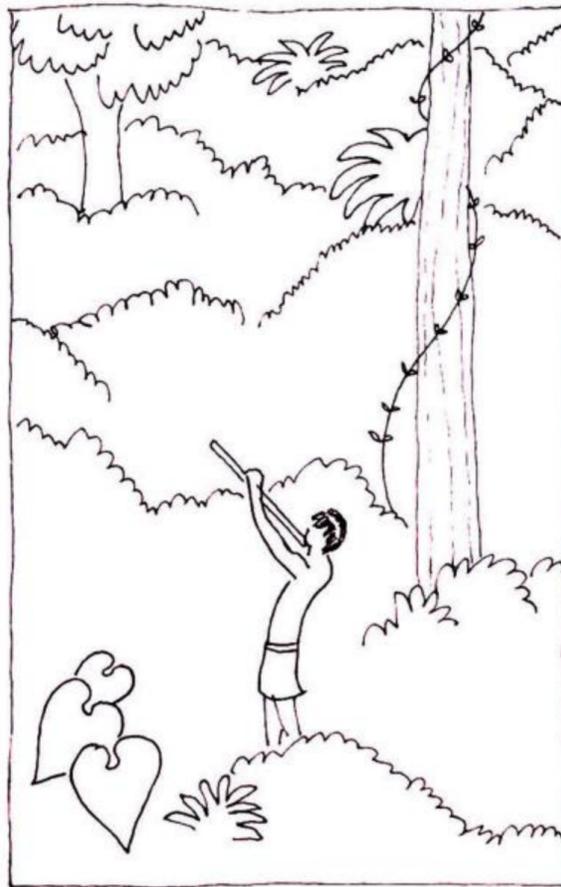
Poco tiempo disfrutó su título pues murió en 1750, su sucesor, don Julián de Trespalacios, segundo marqués de Santa Coa, usufructuó el título hasta su muerte, en 1765; residía en la provincia de Cartagena desde 1731, había tenido experiencia burocrática y militar, como en la construcción de caminos de la provincia, y se convirtió en empresario independientemente de su tío. Tanto las empresas comerciales, como las agrícolas y ganaderas de los marqueses enfrentaron las continuas rebeliones de los belicosos chimilas, como el asedio de los palenqueros, lo que apenas es mencionado de pasada, sin profundizar mucho en ello. En esencia, el bosquejo biográfico presentado por Daza Villar de los marqueses de Santa Coa, ilustra y recrea el periplo de esa nueva clase de funcionarios que llegaron a América a partir de las reformas borbónicas, se entroncaron en la sociedad colonial, y muchos de sus descendientes desempeñaron un papel fundamental en la preindependencia e independencia misma.

El segundo capítulo, "Negocios y propiedades urbanas del marqués de Santa Coa, don Julián de Trespalacios", reconstruye el emporio comercial urbano y minero que

logró establecer y consolidar el segundo marqués. Es sorprendente que en el Mompós del siglo XVIII, el acaudalado hombre haya llegado a tener veintidós tiendas todas arrendadas, como un número similar de viviendas y solares en el perímetro urbano, que implicaron niveles altos de inversión. Pero, además de esas propiedades urbanas, don Julián era, por cuenta propia, dispensador de crédito en las provincias del Caribe y Nueva Granada, con lo que, además, cumplió la función de montepío, condición que le permitió acrecentar su considerable fortuna, y tener prácticamente que a su merced a la población mompósina, pues no había calle en la cual no hubiera un deudor de don Julián. Los negocios se ampliaban al del tabaco, la fabricación de aguardiente en Valledupar, la compra y venta de mercaderías y mercerías de Castilla, como de productos de la tierra (cacao, lienzos, azúcar, panela, etc.). Muy interesante es la descripción y análisis de la residencia-bodega de don Julián. Como es obvio, los tentáculos del poderoso hombre de negocios se alargaban por todo el virreinato, en especial en las ciudades de Cartagena de Indias, Riohacha, y Santa Marta, como en España misma a través de agentes comerciales en Cádiz. Todo ello permite visualizar el funcionamiento de la economía colonial en el Caribe colombiano, como las redes sociales y de circulación tejidas por el segundo marqués.

El tercer capítulo, "Empresas agrícolas del marqués de Santa Coa, don Julián de Trespacios", estudia el establecimiento en la frontera agrícola del Caribe de las empresas agrícolas del acaudalado marqués, teniendo como hilo conductor las diferencias de concepción en la explotación de los indígenas y de los colonizadores españoles, como el cambio y efecto en el paisaje y en el ecosistema de las sabanas caribeñas, que de ser extensas zonas boscosas se convirtieron, en casi tres siglos de colonización, en sabanas cubiertas de pastizales. Como cualquier zona de frontera en extensión, los conflic-

tos interétnicos fueron continuos y permanentes, y don Julián fue uno de los mayores promotores y financiadores de "entradas" a los territorios de los indígenas chimilas, con el fin de defender sus consolidadas haciendas ganaderas de Santa Bárbara de las Cabezas, Tamacal, Santa Coa, San Andrés de Buenavista, Las Mojarras, La Candelaria, que según cálculos conservadores podían sumar algo más de 51.000 cabezas, adquiridas por compra, pago de deudas, etc., destinadas al abastecimiento, no sólo de carne, sino también de sebo y cueros, de Cartagena y Mompós. Además de ganado vacuno, en las mencionadas haciendas se producía cacao, anís, y plátano para la venta en los mencionados mercados, como en otros, así como productos complementarios: aceite de higuera, ladrillos y cal destinados en forma prioritaria a las necesidades de las haciendas.



Aunque el cuadro presentado por el profesor Daza es bastante completo, con detalles tan finos como la obtención de la necesaria sal, nos parece que se quedó algo corto en el análisis de un aspecto fundamental cuando de la hacienda colonial se trata, y muy especialmente ganadera: la base esencial de ese tipo de

explotación radicó en la mano de obra esclava, aunque menciona el número de esclavos y su valor al realizar los inventarios de las haciendas, y describe el vestuario de los negros, que era abastecido por los almacenes del marquesado, no profundizó en las transacciones comerciales, el cimarronaje, las rebeliones, los castigos, etc., propios de tal tipo de conglomerados.

El cuarto capítulo, "Empresas mineras del marqués de Santa Coa", muestra el interés del marquesado por la minería chocoana y antioqueña, que durante el siglo XVIII fue una actividad en permanente crecimiento. En esencia, los marqueses fueron financistas y socios de varios empresarios mineros, y adelantaron negocios de trata de esclavos. El primer marqués no tuvo minas de oro, mientras que el segundo sí, pero fue un propietario ausentista que actuó como socio capitalista.

El quinto capítulo, "Familia peleada, familia arruinada", desarrolla lo que pasó con la fabulosa fortuna del segundo marqués de Santa Coa. En efecto, a la muerte de don Julián de Trespacios se desataron problemas entre su heredero directo, don Juan Toribio, tercer marqués de Santa Coa, y don Joseph de Hoyos, yerno de don Julián. Tanto el yerno como don Joseph Fernando de Mier y Guerra saquearon las propiedades del difunto marqués, y quemaron documentos importantes, lo que conllevó, junto con el reparto de los bienes, el enfrentamiento familiar patentizado en los juzgados, mediante interminables pleitos que se alargaron por más de treinta años. La base de los problemas venía desde atrás, desde la muerte del primer marqués y la conformación del mayorazgo que en su testamento éste había establecido, entidad que el segundo marqués había utilizado para consolidar su fortuna, en desmedro de los intereses de su primo don Joseph Fernando de Mier y Guerra. A la muerte del segundo marqués se discutió la continuidad del mayorazgo en América, y sólo en 1774 la Real Audiencia conceptuó de manera afirmativa. Se perdió

mucho tiempo. prontamente, en 1768, se comenzaron a dar signos de ruina, y mal manejo de las otrora grandes propiedades, con la muerte, en los años siguientes, de los protagonistas, se evidenció mucho más el detrimento. Sólo en 1802 se logró la repartición de los bienes del segundo marqués, no ya sobre sus descendientes directos, sino de los herederos de éstos, y en cuantía mucho menor.

Así, el estudio adelantado por el profesor Vladimir Daza Villar es un completo cuadro del marquesado de Santa Coa, contribuye a la historia colonial del Caribe colombiano, y deja abiertas posibilidades para estudios similares de la elite no sólo caribeña sino de otras regiones del país. El esfuerzo editorial del Instituto Colombiano de Antropología e Historia por dar a conocer los resultados investigativos de la Colonia tiene en este libro mucha razón de ser.

JOSÉ EDUARDO RUEDA
ENCISO

Profesor titular,
Escuela Superior de Administración
Pública (ESAP)

1. Jairo Gutiérrez Ramos, *El mayorazgo de Bogotá y el marquesado de San Jorge. Riqueza, linaje, poder y honor en Santa Fé, 1538-1824*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

“Un manual para 1810”

1810. Antecedentes, desarrollo y consecuencias

Varios autores

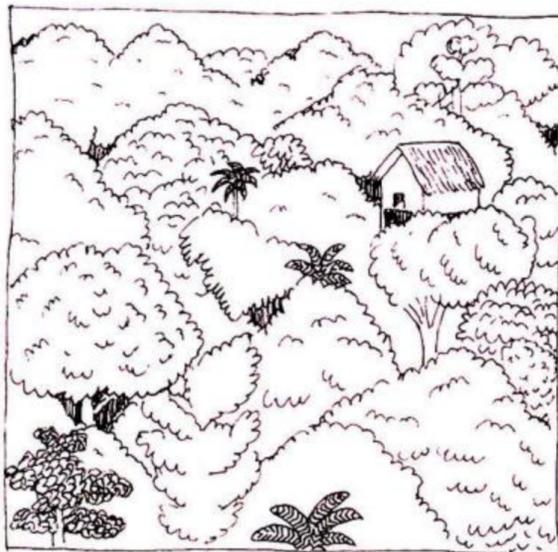
Taurus, Bogotá, 2010, 298 págs.

Es difícil encontrar en la historiografía de hoy textos que se dejen leer de la forma en que se puede abordar la lectura de este libro. Y es difícil encontrarlos por las pretensiones teóricas que exhibimos quienes nos

dedicamos a la historia académica, lo que a menudo se explica por dos motivos:

1.º Porque tratamos de evitar que nos tilden de “empiristas” aquellos que manejan narrativas retóricas que no son más que metalenguajes que hacen que las historias que se pretenden divulgar se mantengan en círculos estrechos, sin aportar al conocimiento histórico, ni a la crítica que debe acompañar al historiador en su búsqueda de explicaciones para los procesos históricos que estudia.

2.º Porque buscamos evitar que nos tilden de “positivistas” quienes —a menudo sin comprender los alcances de este modelo explicativo— renuncian a la exposición de los hechos en secuencias narrativas que pretenden seguir una especie de lógica histórica (si es que la historia tiene lógica o volicismo, como ya lo dudaba Engels hace muchos años) y, en consecuencia, recurren a “marcos teóricos” expuestos a priori que no nos ayudan a entender las realidades que estudiamos, pero que nos “blindan” de críticas posibles.



1810. *Antecedentes, desarrollo y consecuencias*, para cualquiera de quienes se encuentren en alguna de las dos posiciones señaladas, es un título que indicaría que se trata de un texto de historia tradicional, como los muchos escritos para conmemorar el Bicentenario y no aportaron a la reflexión hecha, la cual apuntaba a crear una historia más incluyente y crítica, que la impuesta por el Gobierno Nacional y la Academia de Historia mediante el tex-

to de Henao y Arrubla desde el primer Centenario. Por el contrario, este libro es una verdadera “caja de sorpresas”; una verdadera y agradable caja de sorpresas. Lo es por muchos motivos: en primer lugar destacaría el hecho de la narración, consistente en una exposición clara y sencilla, sin las rebuscadas narrativas afrancesadas, ni la frialdad objetiva de las estadounidenses. No es el relato banal ni anecdótico que caracteriza las historias dedicadas al consumo de los grandes públicos radiales o periodísticos, sino las explicaciones sencillas de procesos que ayudan a que muchos profanos o, lo que es lo mismo, no iniciados en las disciplinas históricas, encontremos respuestas a ¿por qué 1810? Cada uno de los capítulos de este libro puede leerse de corrido gracias a una exposición precisa, clara y amena, la cual muestra que sus autores se preocuparon por llegar a públicos muy amplios y no sólo a los cerrados círculos de los historiadores.

Debo decir, sin vacilar, que lo lograron, y no lo expreso por mí mismo, sino por la opinión de algunos de mis estudiantes de historia, y de amigos, que encontraron en él un medio de entender unos procesos que llevaron a la independencia de unas regiones que no la buscaron de forma expresa.

En segundo lugar resaltaría la organización del libro, que sin duda alguna asumió la forma de “manual”, o de síntesis, que facilita encontrar respuestas a muchas de las múltiples preguntas que se formularon durante la conmemoración del Bicentenario. En efecto, el conocimiento de los hechos que explican ¿por qué 1810? es precario en nuestra historiografía, pues lo reducimos a los tradicionales hitos de la Ilustración, la Revolución francesa, las protestas antiborbónicas, la crisis de la monarquía española por la guerra con la Francia napoleónica, los gritos de independencia, guerras civiles, etc., que se han convertido en lugares comunes o supuestos asumidos como verdades explicativas de procesos independentistas que son diferentes en sociedades, tiempos y